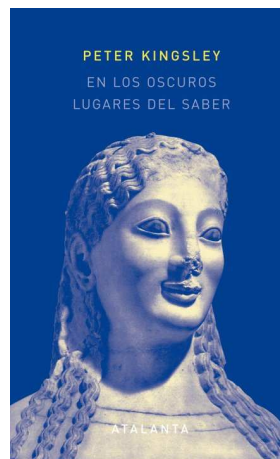


En los oscuros lugares del saber

Peter Kingsley, Gerona, Atalanta, 2010

La tesis del libro es tan provocadora como poco original: no debemos interpretar a Parménides (en realidad se llamaba Parmeneides) como Platón nos contó que había que hacerlo, ni debemos creernos lo que Platón le atribuye en su diálogo titulado precisamente *Parménides* que es, por otra parte, uno de los más controvertidos del filósofo ateniense.



Los filósofos arcaicos (Tales, Anaximandro, Anaxímenes, Parménides, Heráclito, Jenófanes, Pitágoras, Zenón de Elea, Meliso de Samos, Empédocles, Anaxágoras, Leucipo, Demócrito y los sofistas) no fueron presocráticos o preplatónicos en el sentido de que anticiparan a Sócrates o a Platón. Únicamente ese fue el título que les concedió Platón para convertirlos a su causa intelectual. Sobre todo y antes que nada los filósofos antes mencionados fueron arcaicos. Su pensamiento bebía en fuentes orientales muy antiguas, con puntos en común con la magia y el chamanismo. En conclusión, olvidémonos del diálogo platónico para interpretar a Parménides. Si lo queremos conocer sin tergiversaciones, vayamos a su poema intentando reconstruir lo que en él falta y a ordenar lo que en él parece descolocado. Y hagámoslo a través de la reconstrucción del tiempo en el que vivió.

Parménides, el filósofo, no fue un frío pensador racionalista. Más bien resultó ser una especie de mago que mediante la alteración de su conciencia, siguiendo técnicas chamanistas procedentes de Asia Central mezcladas con el yoga indio que habían sido celosamente guardadas por los focos y por los pitagóricos, escribió un poema que es considerado uno de los fundamentos de la filosofía occidental. El poema, del que se conservan fragmentos, titulado *Sobre la Naturaleza*, consiste en la descripción de un viaje iniciático que lleva al filósofo al reino de los muertos, lugar en el que se encuentran las verdades últimas. Uno de los padres de la filosofía occidental se equipara, por tanto, a Orfeo o a Heracles, héroes mitológicos que también viajaron al inframundo, al lugar del que proceden el Día y la Noche. Dicho en otras palabras, uno de los textos más importantes de la filosofía occidental es un poema iniciático escrito por alguien que alteró artificialmente el estado de su conciencia al practicar extraños y ancestrales ritos que procedían del corazón de Asia.

Este hecho desmiente un prejuicio mayúsculo: los antiguos griegos no eran un pueblo cerrado, reacio a aprender lenguas extranjeras, que construyó los pilares de la civilización occidental por sí solo y contra los bárbaros. Muy al contrario, los griegos mantuvieron importantes vínculos con Oriente y a ellos le deben su originalidad y su proyección universal.

Uno de los maestros de la filosofía occidental fue Parménides de Elea. El filósofo que falsificó esta verdad fue Platón, del cual dice Kingsley que *“no tenía escrúpulos en inventar las ficciones más elaboradas, recrear la historia, alterar la edad de la gente y cambiar las fechas.”* Platón quitó de en medio a Parménides y ocultó deliberadamente parte de su doctrina, la que tiene que ver con los misterios órficos que aluden al descenso al inframundo como condición esencial para conocer la verdad. Si esto es cierto, si Parménides fue un maestro, una de las fuentes de la filosofía occidental se encuentra, por tanto, en Elea (en la costa de Lucania, al sur de Italia),

ciudad fundada en el siglo VI a. de J.C. por los foceos, pueblo procedente de Anatolia, en la actual Turquía. No responde a la verdad, por tanto, considerar que Atenas fue la cuna de la filosofía occidental, ni que Platón y Aristóteles fueran maestros primigenios. La conclusión de esta premisa es evidente: la filosofía occidental le debe a Oriente y a los filósofos arcaicos mucho más de lo que creemos.

Parménides escribió un poema, tan breve como misterioso, que se divide en tres partes: la primera describe su viaje rumbo a la diosa que no tiene nombre; la segunda muestra lo que ésta le enseñó sobre la realidad; y en la tercera la diosa le informa con detalle del mundo en el que creemos vivir. El viaje al que se refiere Parménides en su poema es iniciático. Sólo se alcanza la meta si uno está muerto o si se conoce el procedimiento para llegar, sin morir, hasta donde moran los muertos, para regresar después y relatar lo aprendido. Es obvio que Parménides no murió y resucitó después para contarnos lo que le fue transmitido en el inframundo. Tuvo que acceder a ese conocimiento de otra manera. Una de las claves de este misterio parece estar en los pitagóricos, secta muy familiarizada con las tradiciones órficas y radicada también en el sur de Italia, que mantenía lazos muy profundos con Oriente (no olvidemos que Pitágoras era natural de la isla de Samos, muy próxima a Asia Menor). Un hallazgo arqueológico parece apuntar en esta dirección: el descubrimiento de una escultura realizado por Pellegrino Claudio Sestieri en 1958, en Elea-Velia, ciudad Focea patria de Parménides. Allí, junto al puerto, en una galería olvidada, encontró una figura con dos mil años de antigüedad, conocida como el *hombre de la toga*, a cuyos pies está grabada por tres veces una palabra muy misteriosa de la cual sólo se conocía un precedente. La palabra es *phôlarchos*, que es una combinación de otras dos, *phôleos* y *archos*. *Archos* no plantea problemas. Sabemos que significa señor, jefe. Lo extraordinario es la primera: *phôleos*, que significa cubil, la guarida en la que se esconden los animales. Unidas quieren significar los señores de la guarida o, dicho de otro modo, siguiendo un texto de Estrabón en el que describe la Anatolia Occidental (región originaria de los foceos), aludiría a aquellos hombres que sanan a través de la inmovilidad y que guardan con celo el lugar en el que esto acontece. Y aquí entran en acción los pitagóricos, vecinos geográficos de Parménides. Es sabido que la secta de Pitágoras conocía y practicaba la técnica de la inmovilidad para llegar a otros estados de conciencia, como se hacía en Babilonia y Mesopotamia desde tiempo inmemorial. Merced a esas técnicas se alcanzaba el conocimiento verdadero consistente en comprender el *logos*. Los pitagóricos eran personas que, según su sabiduría, sabían como morir antes de morir. También conocían estas habilidades los foceos y, por ende, Parménides el Eléata, que era hijo de un sacerdote de Apolo versado en el arte de la incubación, los sueños y el éxtasis. Así, no es descabellado aventurar que Parménides, también sacerdote de Apolo (el dios anatólio de la incubación) viajara al mundo de los muertos alterando su conciencia mediante la técnica de la incubación, y que allí la diosa que vive entre los muertos, a la que los griegos dieron en llamar Perséfone (antecedente de la Virgen María de los católicos), le transmitiera una sabiduría ancestral procedente de Oriente, que luego plasmó en su poema. Además, como depositario de un saber mágico ancestral, Parménides hizo algo muy común entre los que alcanzaban tal distinción: a la usanza de los pitagóricos adoptó como hijo a su discípulo, Zenón. El hecho de que Parménides adoptara a Zenón de Elea desmiente de nuevo a Platón, que quiso pasar a la posteridad como el verdadero sucesor de Parménides.

Ironías del destino, la interpretación sobre un Parménides muy distinto al que Platón nos legó la avala indirectamente el mismísimo Platón. Cuando en su diálogo *Las Leyes* nos propone las excelencias del Consejo Nocturno, una suerte de legislador y autoridad última e inapelable, Platón advierte que deberá estar formado por sacerdotes de Apolo y del Sol (la relación con los magos sanadores aparece de nuevo), y que sus reuniones deben celebrarse al alba, momento en el que el día y la noche se mezclan, como ocurre en el inframundo al que accedió

Parménides. El Consejo Nocturno ha de estar formado por sacerdotes porque la actividad legisladora, que es igual a la actividad política, es una de las cuatro vocaciones (junto con la profecía, la poesía y la medicina) que hacen que los hombres se aproximen a lo divino. La fuerza de la tradición milenaria de la que se hizo eco Parménides era tal que ni el propio Platón pudo acallarla totalmente. Aun siendo raros, existen fragmentos en sus obras en los que aún resplandece el brillo de un pasado que reinterpreto libremente.

La obra de Peter Kingsley se sitúa en la estela de la de autores clásicos como E. Rohde, Meuli, Gernet, Cornford, Chadwick, Dodds y Thomson, que ya advirtieron de los estrechos lazos entre Grecia y Oriente de los que hay incontables pruebas, siendo una de ellas el poema de Parménides.

Emilio Alvarado Pérez